

Lejos del incendio. Las disidencias montoneras y las miradas retrospectivas sobre los años setenta¹

Daniela Slipak
IDAES-UNSAM/Conicet

Introducción

En 2005, el Programa de Estudios sobre la Memoria del Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba organizó el encuentro “Política y violencia: las construcciones de la memoria. Génesis y circulación de ideas políticas en los años sesenta y setenta”. Entre las variadas e interesantes intervenciones, Ricardo Panzetta, un ex militante montonero, expresó en relación al vínculo con los años setenta:

¿Cuánto hay en las derrotas debido a nuestras propias concepciones? No a los errores, que también los hubo, sino a las propias ideas y valores. (...) Aún nos quedan en la memoria emociones que no queremos entregar al fracaso: autodeterminación, igualdad radical y negación a toda dominación, opción por las víctimas y los desposeídos, amor fraterno. Estas son reliquias sagradas, nuestro linaje de izquierda que queremos salvar del incendio (Schmucler, 2009).

Indudablemente, se trata de una reflexión central. Invita a pensar la responsabilidad que conllevaron las decisiones y acciones desarrolladas en nombre del proyecto emancipatorio, pero también la responsabilidad que subyace

¹ Agradezco enormemente los comentarios de Marina Franco a otro trabajo de mi autoría, pues sólo a partir de ellos pude pensar el argumento de la presente ponencia.

a toda mirada hacia el pasado. Además, y fundamentalmente, hace presente una cuestión relativa a la pérdida. Una pérdida que ya no es –solamente– la de tantas vidas sino, posiblemente más inadvertida, la de las concepciones que sustentaron aquellas prácticas, la de los ideales que otorgaron sentido a la violencia revolucionaria. En esta cita, Panzetta explicita un problema que atraviesa, más o menos directamente, me parece, la evaluación que de sí mismos hacen quienes han protagonizado la experiencia revolucionaria: la posibilidad de perder los antiguos ideales y el impulso, casi vital puesto que se trata de la propia subjetividad, a resguardarlos del incendio.

Me interesa esta reflexión porque considero que permea los diversos y numerosísimos trabajos sobre los años setenta. Y no sólo me refiero a los escritos testimoniales. Un vistazo de conjunto a la literatura sobre la época, en particular la referida a Montoneros, permite vislumbrar algo de ese impulso a salvar los valores y a escindirlos ya sea de las estrategias equívocas, de la militarización, de la burocratización, del vanguardismo, y/o de las decisiones desacertadas de la cúpula dirigente. En algunos casos, estas cuestiones aparecen como desvíos respecto del proyecto político originario, como rasgos que habrían aparecido en un momento específico. En otros, como características que habrían existido durante todo el derrotero de la Organización, pero sólo en la Conducción Nacional, y no en la militancia en general. Son muchos trabajos, desde luego, los que hibridan, de manera tensa, ambos argumentos. Se trata de claves interpretativas que explican la transformación de los principios políticos iniciales a partir de la imitación de otros actores de la coyuntura (las Fuerzas Armadas u otra organización armada de distinta tintura ideológica), y/o que responsabilizan exclusivamente a la cúpula dirigente por lo sucedido. Rescatan, con ello, los valores políticos originales del incendio posterior, atribuyendo las características militares, burocráticas y jerárquicas ya sea a influencias tardías y exógenas, ya sea a las cualidades de algunos jefes. En suma, para comprender el derrotero y el ocaso de los grupos revolucionarios, estas miradas retrospectivas refieren, más o menos explícitamente, a la figura del *desvío*, a la del *espejo* y a la del *quiebre*: desviación de las raíces de fines de los sesenta y tempranos setentas; reflejo de las prácticas y la ideología de otros actores del escenario; quiebre entre la militancia y su dirigencia.²

² Véanse Gillespie ([1982] 1987, pp. 217-252); Calveiro (2005, pp. 97-190); Anguita

Ahora bien, identificar que, de alguna manera, así se coadyuva al resguardo de las “reliquias sagradas”, en palabras de Panzetta, no resulta más pertinente que pensar los orígenes y transformaciones de esta clave de lectura. ¿De dónde surge dicha matriz explicativa? ¿Cuáles son sus raíces? ¿Cuándo comenzó a circular? Buscando contribuir a esta historización, las páginas siguientes se abocarán a bucear los relatos de algunos de los disidentes de uno de los grupos armados más importantes de la década del setenta en Argentina, la organización Montoneros. El análisis de sus trazos, argumentos, mitos y creencias ayudará a comprender –y, por qué no, interrogar– la interpretación que hoy tenemos sobre aquellos años.

La Juventud Peronista Lealtad

La disidencia más significativa de Montoneros, en términos cuantitativos y cualitativos, fue la Juventud Peronista Lealtad. Su aparición data de fines de 1973 y comienzos de 1974. Como es sabido, en dichos meses, la entonces “organización político-militar” había intensificado sus críticas y provocaciones a Juan Domingo Perón (el asesinato de José Ignacio Rucci, secretario general de la Confederación General del Trabajo, es un momento paradigmático), convirtiendo la sobria relación inicial en un enfrentamiento explícito. En paralelo, fue abandonando de forma paulatina los espacios de gobierno que, aunque sea indirectamente a través de sus agrupaciones de superficie, había conseguido con el triunfo del Frente Justicialista de Liberación en las elecciones del 11 de marzo de 1973. Por su parte, el líder del Movimiento no se había quedado atrás: había endurecido progresivamente sus declaraciones sobre las otrora “formaciones especiales”, en el contexto de un crecimiento sostenido de la represión legal e ilegal en el país.

En este panorama, sectores de las Juventudes Peronistas Regionales (JPr), de la Juventud Trabajadora Peronista, de la Juventud Universitaria

y Caparrós (2006); Anzorena (1998, pp. 229, 257 y 308-344); Svampa (2003, pp. 381-438); Pastoriza (2006); Amorín (2006, pp. 164-168 y 219-288); Ollier (2005, pp. 240 y 303-339 y 1998, pp. 56-254). Por supuesto, existen trabajos que no adscriben a la figura del desvío ni plantean un quiebre entre cúpula y militancia. Para la explicitación de esta cuestión en la bibliografía, véanse Rot (2010, pp. 315-333); Lenci (2008); Vezzetti (2009, p. 64); Carnovale (2011, pp. 69-120); Slipak (2015).

Peronista (JUP), de la Unión de Estudiantes Secundarios, del Movimiento Villero Peronista y de los cuadros armados se escindieron de Montoneros, aunque sin demasiados contactos entre sí. Según diversos testimonios, los disidentes procedían de Descamisados, las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), grupos universitarios, espacios de filiación católica como Acción Sindical Argentina o ámbitos fabriles y gremiales. Otros, en cambio, habían iniciado su trayectoria en la organización o en alguna agrupación de la llamada Tendencia Revolucionaria.

De febrero a mayo de 1974, los diarios nacionales anunciaron estas rupturas dispares. Por ejemplo, el 15 de marzo la solicitada de “Montoneros Soldados de Perón” aseveró que “la conducción de Montoneros es Perón” y desconoció a la Conducción Nacional “por ser la responsable directa de las modificaciones inconsultas de nuestra Línea Político-Militar, apoyada sobre sectores recién incorporados al Movimiento y a la Organización”. Sus firmantes fueron la Columna Oeste (Gran Buenos Aires), la Columna Capital Federal, la Columna Nordeste (provincia de Buenos Aires, ex Columna Artigas), unidades de la Columna Sur y de la Columna Norte (ambas del Gran Buenos Aires). Asimismo, los periódicos señalaron escisiones en las Regionales I, II y VIII de la JP, y en la JUP (Montero, 2009, pp. 10-14 y Salcedo, 2011).

El funcionamiento de la disidencia respetó el carácter semiclandestino de Montoneros y la idea de conjugar estructuras de superficie (la Juventud Peronista Lealtad, la Unión de Estudiantes Secundarios Lealtad, la Juventud Universitaria Lealtad, y la Juventud Trabajadora Peronista Lealtad) con un núcleo armado (Montoneros Soldados de Perón). Se preservaron, en general, los niveles y las jerarquías de origen. Entre sus dirigentes, se contaban Eduardo Moreno, Alejandro Peyrou, Enrique Padilla, Nicolás Giménez, Norberto Ivancich, Ernesto Villanueva, Jorge Obeid, los sacerdotes Jorge Galli y Jorge Goñi, etc. Algunos asistieron a las reuniones formales que por ese entonces Perón promovía con los sectores juveniles. Además, tuvieron intercambios informales, incentivados por el propio líder, interesado en debilitar una organización que insistía en desplegar su estrategia sin abandonar las armas ni circunscribirse a la disciplina del Movimiento (Anguita y Caparrós, 2006, pp. 389-390 y Salcedo, 2011, pp. 260-262, 266-267 y 274). Así, mientras Montoneros y sus “frentes de masas” se retiraron de la Plaza el 1 de mayo de 1974,

5000 militantes de la Lealtad, según sus propios cálculos, permanecieron allí, viviendo al presidente.³

Quisiera detenerme en las argumentaciones con las cuales este vasto sector de la militancia se escindió de su espacio de pertenencia. Por ejemplo, la solicitada publicada por “Montoneros Soldados de Perón” afirmó:

La conducción nacional de la Organización fue abandonando paulatinamente los objetivos que dieron sentido a Montoneros y asumiendo una concepción ideológica que nos llevó a la incomprensión y al enfrentamiento del proyecto fijado por el Conductor del Pueblo argentino. (...) [Se resuelve] desconocer a la actual conducción nacional de la Organización Montoneros por ser la responsable directa de las modificaciones inconsultas de nuestra Línea Político-Militar, apoyada sobre sectores recién incorporados al Movimiento y a la Organización.⁴

Por su parte, un documento de uno de los sectores que adhirieron a dicha solicitada, explicó:

Las desastrosas propuestas políticas que se manejaron en JP luego de la subida de Cámpora al gobierno se debieron, en gran parte, a que todo el proceso se analizó y evaluó desde cuerpos doctrinarios ajenos al justicialismo, particularmente desde el marxismo-leninismo.⁵

Finalmente, resultan demostrativas las declaraciones de la revista *Movimiento para la Reconstrucción y Liberación Nacional*. Si bien no fue un órgano de prensa oficial de la Juventud Peronista Lealtad, sus 11 números de tirada quincenal fueron editados por sectores simpatizantes. Buscó expresar críticas hacia Montoneros al tiempo que un apoyo al gobierno de Perón y de su sucesora, María Estela Martínez de Perón. Entre otros fragmentos, señalaba:

³ *Movimiento para la Reconstrucción y Liberación Nacional*, n° 1, 1° quincena de mayo de 1974, p. 14.

⁴ Solicitada “Montoneros Soldados de Perón”, *La Razón*, 15/03/74, citada en Salcedo (2011).

⁵ Documento “Respuesta de Montoneros de Moreno al Mamotreto”, probablemente de febrero o marzo de 1974, citado en Salcedo (2011, pp. 308-309).

[Sobre las Juventudes Peronistas Regionales] Este sector padeció una deformación gradual que comenzó cuando quisieron adueñarse de prácticamente todos los méritos de la lucha contra la dictadura, que compartieron con otros varios sectores [...]. Como “autores” de la lucha se consideraron propietarios del período que venía después y procuraron utilizar las estructuras del peronismo para convertirse en eje del nuevo poder. Las deformaciones fueron en aumento: por un lado, un *matonismo* nacido del uso constante de los *fierros* y del convencimiento –erróneo– de que el manejo de las armas, en las dosis homeopáticas del terrorismo urbano, puede ser el camino al poder; por el otro, la *omnipotencia* de creer que bastaban sus consignas para “apoderarse” del peronismo disputando a Perón la conducción del proceso y planteando un proyecto alternativo.⁶ *No hay vanguardia, por esclarecida que se sienta*, que pueda calificar de revolucionarias sus acciones de violencia, cuando estas desconocen abiertamente la voluntad de las masas.⁷

Como muestran las citas, la Lealtad enunció varios cuestionamientos a Montoneros: su enfrentamiento con Perón y su pretensión de reemplazarlo en el liderazgo del Movimiento Peronista, su uso de la violencia armada durante gobiernos constitucionales, su desempeño vanguardista y su aislamiento en relación a otros actores políticos, su intento por apropiarse de las luchas que distintos sectores desplegaron en tiempos de la proscripción peronista, su desconocimiento de la voluntad ciudadana, entre otros. Siguiendo esta línea, se catalogaron como *aprietes* al entonces presidente tanto el asesinato de Rucci de septiembre de 1973, como el enfrentamiento del 1 de mayo de 1974 en la Plaza. No obstante, lo que me interesa remarcar de todo esto es la forma que adquirieron esas impugnaciones: se argumentaba que todos esos “errores” habían surgido en un momento determinado –generalmente, el 20 de junio de 1973 en Ezeiza–, “deformando” los propósitos iniciales de la organización a través de un conjunto de “modificaciones inconsultas” de la Línea Político-Militar. Y, además, que dichas modificaciones respondían a

⁶ “Los que esperaban la muerte de Perón”, *Movimiento*, n° 6, 2° quincena de julio de 1974, pp. 6 y 8 [destacado en el original].

⁷ “Profundizar la revolución”, *Movimiento*, n° 8, 2° quincena de agosto de 1974, p. 8 [destacado en el original].

los “recién incorporados” y a los esquemas del marxismo-leninismo, muy alejados del justicialismo. Es decir, a un conjunto de cambios ideológicos acaecidos con la llegada de un actor exógeno a los principios y objetivos originarios de Montoneros. En otras palabras, un esquema interpretativo similar a aquellas figuras del desvío y del espejo propias de las miradas actuales sobre el período.

Según distintos testimonios de ex militantes,⁸ esos recién llegados eran las guevaristas Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), con quienes Montoneros venía actuando conjuntamente desde hacía varios meses, concretando la fusión formal el 12 de octubre de 1973. Sin embargo, si se atiende a los documentos iniciales de la organización, se advierte que las novedades imputadas al origen marxista de dicho grupo armado no eran tales. Ni la figura de vanguardia, ni los análisis en clave clasista, ni la apelación al mundo bélico fueron apariciones de mediados o fines de 1973. Desde los comienzos, Montoneros había remitido a nociones como vanguardia, foco y ejército, y había subrayado la necesidad de conducir el proceso revolucionario (también había recurrido a la figura del brazo armado, pero descartándola rápidamente). Por ejemplo, la Línea político-militar de 1971 había acudido al esquema de la vanguardia, estableciendo que “la conducción estratégica de la guerra revolucionaria debe estar en manos de aquellos que desarrollan la forma principal de lucha y que por lo tanto tienen la mayor claridad estratégica y llevan el mayor peso de la guerra” (Baschetti, 2004, p. 270). Luego, el Boletín n° 1 de mayo de 1973 aseveró que “esta herramienta organizativa a desarrollar tiene por función básica la de conducir estratégicamente el proceso político de la guerra revolucionaria integral” (Baschetti, 2004, p. 597). Ambos documentos, además, habían expuesto interpretaciones clasistas de la dinámica política.

Ahora bien, lo que me importa no es identificar una contradicción en el relato de la disidencia sino subrayar el carácter constitutivo, para su espacio de pertenencia, de esta clave interpretativa relativa al derrotero de Montoneros, que guarda considerables similitudes con las miradas retrospectivas actuales. La figura del desvío y la del espejo fueron troncales en las narra-

⁸ Testimonios brindados a la autora por ex integrantes de la disidencia, 19 de mayo, 2 de junio, 15 de julio y 29 de agosto de 2011, y 19 de abril de 2012.

ciones, las explicaciones, los símbolos, los mitos y las representaciones de la Juventud Peronista Lealtad. Fue a través de ellas que se justificó tanto la salida de Montoneros como la fidelidad previa al ámbito comandado por la Conducción Nacional.

Por último, es de resaltar que nada de esto desentona con las afirmaciones de *La Lealtad. Los Montoneros que se quedaron con Perón* (Duzdevich, Raffoul, Beltramini, 2015) libro de reciente aparición que reúne distintos testimonios de ex militantes de la disidencia. Allí, se asevera que la tradición peronista inicial de Montoneros resultó influenciada por la visión marxista-leninista de las FAR, lo que habría conllevado una militarización progresiva del espacio y la imitación de los modos del “ejército enemigo”. Al terminar, como diagnóstico de la militancia de los años setenta, se sentencia el paso de una etapa romántica –ligada a un conjunto de convicciones nobles y justas– a una etapa militarista –en donde la política es reemplazada por la acción armada y el aparatismo–. Una vez más, el desvío y el espejo.⁹

El Peronismo Montonero Auténtico

Algunos años después de la Lealtad, en 1979, surgió la disidencia del Peronismo Montonero Auténtico. La situación era bien divergente a la de 1973 y 1974. Con un caudal completamente disminuido por la feroz represión del gobierno militar y con la Conducción Nacional exiliada, Montoneros había dejado de ser una organización político-militar para convertirse en el Partido Montonero y el Ejército Montonero. El organigrama también incluía una política frentista a través del Movimiento Peronista Montonero y sus ramas política, sindical, juvenil, femenina, agraria, y de profesionales, intelectuales y artistas. Se reiteraba, así, una imbricación entre lo político y lo militar que había estado presente desde los inicios, aunque ciertamente desde mediados de los setenta se intensificaran la gramática, los símbolos y las intervenciones militares. Una de estas últimas fue el proyecto de la Contraofensiva Estratégica, que daba por concluida la etapa de Resistencia dentro de la defensiva estratégica, bajo la creencia de que la dictadura argentina se encontraba en

⁹ Véase Duzdevich, Raffoul y Beltramini (2015). Es de notar, si bien excede los objetivos de este escrito, que la idea del desvío presenta, cuanto menos, algunas tensiones con el argumento de la dualidad entre el discurso público y el discurso interno de la Conducción Nacional, también presente en el libro.

crisis y con contradicciones internas, y de que las movilizaciones sindicales iban en aumento. Sobre este diagnóstico, la cúpula montonera afirmó que lanzaría “la Contraofensiva con la seguridad del éxito”.¹⁰

No sin antes haber entrenado militantes para el arribo a la Argentina como integrantes del Comando Táctico Adelantado (que debía anteceder a las Tropas Especiales de Agitación y las Tropas Especiales de Infantería, ambas diseñadas como pilares de la Contraofensiva), el entonces secretario general de la Juventud del Movimiento Peronista Montonero, Rodolfo Galimberti, encabezó una nueva disidencia. Sus disconformidades, en verdad, databan desde su jefatura informal de la Columna Norte de la Regional de Buenos Aires, antes del golpe de Estado y del exilio. No obstante, si previamente las relaciones habían logrado reencauzarse,¹¹ con la Contraofensiva llegaron a un punto de no retorno. Acompañado por Juan Gelman, Pablo y Miguel Fernández Long, Patricia y Julieta Bullrich, Marcelo Langieri, Arnaldo Lizaso, Héctor Mauriño, Raúl Magario, Victoria Vaccaro, Claudia Genoud y Silvia Di Fiorio, planteó sus discrepancias con la Conducción Nacional a través de varios documentos y fundó el Peronismo Montonero Auténtico. El 29 de mayo de 1979 se presentó su mesa promotora en París. Con parte del dinero del partido, “recuperado” bajo el argumento de que provenía del secuestro de los hermanos Juan y Jorge Born protagonizado en septiembre de 1975 por el propio Galimberti, el grupo logró realizar algunas actividades. Entre otras, se cuentan la edición de un número de la revista *Jotapé* y un operativo de retorno para agrupar militantes aislados en el país.¹²

Aquí también quisiera subrayar las declaraciones con las cuales se abandonó el espacio montonero. No se desdibujó del todo la idea del desvío, pero

¹⁰ Boletín Interno N°12, “Balance de la campaña Carlos Hobert de lanzamiento de la Contraofensiva popular”, y nota “Organizarse para vencer”, *Evita Montonera*, N° 23, enero de 1979, p. 9. Véase también Larraquy (2006); Confino (2015).

¹¹ De hecho, el 18 de abril de 1978, Galimberti había escrito una autocrítica, publicada como anexo en el documento “Reunión de la Conducción Nacional del Partido Montonero”, de mayo de ese año, en la cual cuestionaba el “militarismo”, el “clasismo” y el “vanguardismo” de su otrora Columna Norte. Todo bajo la idea de la desviación.

¹² Véase Caballero y Larraquy (2000, pp. 293-337) y Larraquy (2006, pp. 135-138). Dejo pendiente una investigación pormenorizada de las características, alcances y redes del Peronismo Montonero Auténtico.

se trazó, con tensión, otro esquema. Por ejemplo, el 25 de febrero de 1979, el periódico francés *Le Monde* publicó una carta firmada por Galimberti y Gelman, que aseveraba que el exilio de la Conducción Nacional había “agravado viejas desviaciones nunca corregidas del todo” y había “favorecido la aparición de nuevas deformaciones”. Entre ellas se enumeraban el “resurgimiento del militarismo de cuño foquista”, “la reafirmación de una concepción elitista del Partido de Cuadros”, “la definitiva burocratización de todos los niveles de conducción del Partido”, “la ausencia absoluta de democracia interna” y “un triunfalismo irresponsable”.¹³ Unos días después, el 12 de marzo, Gelman escribió una carta a Rodolfo Puiggrós, por entonces integrante del Movimiento Peronista Montonero, en la que le explicó la ruptura, sosteniendo que la Contraofensiva conducía al suicidio del montonero y que la Conducción Nacional insistía “en el militarismo foquista”. En algunas líneas advirtió la necesidad de reconocer errores propios, pero dirigió la mayor parte de las críticas a la cúpula: “esta conducción no ha perdido su vieja soberbia, el viejo triunfalismo del año 73, cuando ‘éramos gobierno’”.¹⁴

Por su parte, el Documento “Reflexiones para la construcción de una alternativa peronista montonera auténtica”, de junio de 1979, fue el más abundante en argumentaciones. Valga este extenso fragmento ilustrativo:

El fenómeno de la convergencia en los Montoneros sintetizaba más que quince años de anhelos, y resultó imparables, disimulando los tempranos desaciertos de la naciente conducción (...) Nosotros creemos que hay que comenzar por la recuperación del espacio del peronismo montonero objetivamente desgajado de la organización por el tacticismo oportunista que renunció inclusive a los principios que dieron origen al proyecto Montoneros (...) Estos errores de concepción podrían sintetizarse a los efectos de un primer análisis en tres cuestiones: la concepción antidemocrática, el sectarismo, y el militarismo (...) [La primera] hay que rastrearla en el origen estrictamente foquista de los primeros núcleos que conformaron la OPM –que, resulta interesante destacar, se conservaron siempre en la cúspide de la pirámide organizativa– (...) El otro grave

¹³ Documento “Galimberti-Gelman. Una carta polémica”, 22 de febrero de 1979.

¹⁴ Carta “Querido Rodolfo...”, 12 marzo de 1979.

problema que se convirtió en un obstáculo insalvable para el desarrollo del trabajo político en las masas, fue el sectarismo, alentado como un mérito desde la conducción (...) Una cosa es clara: la conducción de la OPM mantiene una concepción de la organización de la violencia que se ha demostrado trágicamente ineficaz (...) Se puede hacer un ‘foco’ con diez, o intentar hacerlo con cien mil; lo primero se hizo antes del 72; lo segundo, se intentó después del 72 (...) El fracaso de esta ‘conducción’ se debió no sólo a que no tenía un proyecto, sino también a que demostró una impotencia absoluta para construir política y organizativamente en el espacio de representatividad que tenía la Tendencia. (...) La teoría del ‘jetón’, el ventrilocuismo, el apriete por el aparato, la imposición de jerarquías secretas, las dobles pirámides de conducción, la utilización hasta el agotamiento de la mitología del combatiente, para justificar auténticos incapaces en la conducción (...) los errores de conducción, fatales e inevitables, porque el aislamiento, la ignorancia y la baja calidad política de los cuadros que se iban ubicando en la cúspide de la pirámide, era el precio que el grupo de Firmenich pagaba por conservar su hegemonía. Así se entiende lo del ‘vicio de origen’ al que nos referimos en el comienzo de este documento. (...) Esta ‘conducción’ sostuvo, desde el comienzo, una concepción incorrecta del tratamiento de las contradicciones en el campo del pueblo (...) la política del gatillo ágil con la que Firmenich pretende construir su hegemonía, convirtiéndose por su impotencia en la contrafigura trágica de Videla, con el cual coincide en uno de los objetivos más deseados: asesinar al peronismo montonero en algunas de sus figuras más representativas (...) Retomando lo mejor de la tradición de la rebeldía montonera, convocamos a construir el Peronismo Montonero Auténtico.¹⁵

Más allá de algunos grises, no podría decirse que, para evaluar el derrotero de Montoneros, estos señalamientos replicaron la matriz explicativa de la Lealtad. A diferencia de ésta, articularon una crítica mordaz de las concepciones iniciales. Afirmaron que el militarismo, el vanguardismo, el foquismo, el triunfalismo y el sectarismo se remontaban a los comienzos. Sólo que lo

¹⁵ Documento “Reflexiones para la construcción de una alternativa peronista montonera auténtica”, 9 de junio de 1979.

hicieron aseverando que habían estado circunscriptos a la Conducción Nacional, con independencia del resto del espacio. Así, ya no se salvaban los principios y valores de una perversión tardía, sino de las acciones y las ideas de la cúpula dirigente. Salvo escasísimos llamados a la responsabilidad propia, se esbozó, de esta forma, otra de las claves interpretativas presentes en las miradas retrospectivas actuales: la escisión entre las decisiones de la Conducción y las prácticas de la militancia. Para el Peronismo Montonero Auténtico, en efecto, los problemas de la organización respondían exclusivamente del “grupo de Firmenich”. Las implicancias son evidentes: se borronaba el rol, la convalidación y la responsabilidad de los distintos militantes que, más allá de los desacuerdos y molestias, adhirieron y permanecieron en la organización (esto incluía, desde ya, a los integrantes de la disidencia tardía). En otras palabras, se recortaba a la Conducción de una trama que era, no obstante las jerarquías, compartida.

Es de subrayar que, además, el grupo hizo circular de manera clandestina, fuera y dentro del país, los documentos críticos que Rodolfo Walsh había escrito en 1976 y 1977, y que sus superiores habían ignorado, amén de reivindicar su conocida “Carta de un escritor a la Junta militar” y traducirla para su difusión en Francia.¹⁶ Los editó en octubre de 1979 bajo el título “Los papeles de Walsh” y adujo que con ellos buscaba romper “el silencio con que la OPM intentó cubrir [esa] manifestación de pensamiento crítico surgido en su seno”.¹⁷ Las apreciaciones de quien había sido oficial del sector de Informaciones y director de la Agencia Clandestina de Noticias habían impugnado profundamente, en efecto, muchas de las prácticas montoneras. Por ejemplo:

A nuestro juicio lo principal son las razones políticas. Si son correctas en apenas tres años un puñado de muchachos crecen hasta conducir una organización gigantesca y poderosa. Si son incorrectas, esa misma organización se desinfla y puede desaparecer. Este ejemplo está tomado de nuestra propia historia (...) Si corregimos nuestros errores volveremos a convertirnos en una alternativa de poder (...) Si la vanguardia niega al

¹⁶ Mouvement Peroniste Montonero, *Lettre ouverte d'un écrivain à la Junte militaire d'Argentine*, sin fecha (Caballero y Larraquy, 2000, pp. 323-325).

¹⁷ Documento “Los Papeles de Walsh”, 8 de octubre de 1979, p. 1.

movimiento, desconoce su propia historia y asienta las bases para cualquier desviación (...) Hasta el 24 de marzo del 76, planteábamos correctamente la lucha interna por la conducción del peronismo; después del 24-3-76, cuando las condiciones eran inmejorables para esa lucha, desistimos de ella y en vez de hacer política, de hablar con todo el mundo, en todos los niveles en nombre del peronismo, decidimos que las armas principales del enfrentamiento eran militares (...) [Se usa] el militarismo aun para criticar el militarismo. Ese esquema no ayuda a pensar. Y falta una autocrítica en serio, porque nosotros dijimos, cuando murió Perón, que queríamos el golpe para evitar la fractura del pueblo, y en 1975 que las armas principales del enfrentamiento serían las militares (...) La línea del Partido y los documentos que la expresan en los últimos 18 meses revelan, a mi juicio, una fuerte influencia del pensamiento maoísta en el aspecto político y de la doctrina de Clausewitz en el aspecto militar.¹⁸

Sin dudas, los escritos de Walsh habían formulado duras críticas a Montoneros: el triunfalismo, la subestimación del gobierno militar, el aparatismo, el aislamiento, la anulación “con una opinión [de] hechos de la realidad”, la ausencia de propuestas, la “personalización de la política” y el proyecto del Movimiento Peronista Montonero que, dando por agotado al peronismo, se estaba encarando por ese entonces. Pero lo cierto es que estos señalamientos no siguieron los esquemas de otras publicaciones de la disidencia encabezada por Galimberti. Aquí ya no aparece el desdoblamiento entre el vértice dirigente y la militancia, sino la imagen de una desviación de la política montonera a partir del golpe militar, cuando no a partir de determinados errores de 1974 y 1975. Los cuestionamientos fueron enfáticos pero, como muestran las citas, independizaron y resguardaron los principios de la primera mitad de la década del setenta de la debacle posterior.

Por tanto, la revisión de los documentos, publicaciones y declaraciones de la disidencia del Peronismo Montonero Auténtico devuelve una imagen dual: por momentos, la figura de un quiebre entre la dirigencia y la militancia de la organización; por otros, la idea de un desvío y perversión de los principios originarios del proyecto emancipatorio. Ambos esquemas circularon,

¹⁸ Ob. cit., pp. 5, 6 y 23.

de manera tensa y desarticulada, en sus justificaciones de la ruptura y en los intentos por constituir un proyecto alternativo. Y, como me interesa resaltar, ambos sobrevuelan, hoy, varios años después, las interpretaciones que buena parte de la bibliografía propone sobre la experiencia.

Palabras finales

No todas las disidencias de Montoneros presentaron las claves interpretativas descriptas. Los tempranos Montoneros Columna José Sabino Navarro, de mediados y fines de 1972, erigieron cuestionamientos a las prácticas y concepciones del espacio del cual se separaron, sin establecer un momento de desvío y sin responsabilizar de manera exclusiva a la Conducción Nacional. Aunque no rechazaron *per se* el uso de las armas, adujeron que Montoneros estaba empapado de “militarismo”, de “oportunismo político”, de una “mistificación heroica” del guerrillero y de una “absolutización de la lucha armada”, y resaltaron que se trataba de características intrínsecas y generales que era preciso modificar.¹⁹

Este contraejemplo no obsta para encontrar en los esquemas y mitos de la Lealtad y del Peronismo Montonero Auténtico antecedentes de las miradas retrospectivas de hoy. Es más, si bien debería precisarlo en futuras indagaciones, fue la propia organización la que, en algunas ocasiones, sostuvo parte de estas claves de lectura al “autocriticarse” por algunas acciones y/o etapas puntuales, planteándolas como desvíos circunstanciales que era necesario subsanar. Entre otros ejemplos, en el “Informe de las conclusiones políticas de la reunión del Consejo Nacional del mes de octubre” de

¹⁹ Véase “Documento Verde”, *Lucha Armada en la Argentina*, Buenos Aires, 2006, n° 6, Anexo, pp. 33-37 y Slipak (2015, pp. 145-187). Cabe remarcar que, por su parte, los Montoneros 17 de Octubre se escindieron de la organización en 1980 con argumentos cercanos al Peronismo Montonero Auténtico (exceptuando sus Papeles de Walsh): “En el peronismo montonero han coexistido permanentemente dos tendencias: una que hizo hincapié en el desarrollo de la política de masas y otra que sobrevaloró la importancia de la lucha armada en la acumulación de poder popular. La coexistencia entre ambas tendencias no terminó nunca de sintetizarse y fue aquella última, la militarista, la que mantuvo su preminencia en el manejo del aparato y en la conducción de la política, con graves consecuencias para nuestro desarrollo” (documento “A nuestros compañeros del pueblo argentino”, abril de 1980, p. 2). No obstante, el mismo escrito esbozó críticas que trascendieron las prácticas de la cúpula y se dirigieron al espacio montonero en general (los disidentes incluidos) desde los inicios.

1976, uno de los documentos discutidos por Rodolfo Walsh en sus escritos, se subrayó:

Las insuficiencias en la política de poder para las masas, el déficit de propaganda, el aparatismo, el militarismo y el internismo nos han impedido capitalizar, hasta el momento, la hostilidad popular hacia la dictadura para convertirla en acumulación de fuerzas (...) nuestras fuerzas disponen como reserva estratégica potencial a la totalidad del potencial humano del pueblo, pero en la actualidad no estamos desarrollando una política adecuada para desarrollar ese potencial (...) La vinculación entre las tácticas militares, milicianas y de lucha de masas supone la subordinación de las dos primeras a la tercera; esto implica la modificación del militarismo en la concepción de la defensa activa (...) [Pero] esto no anula los objetivos propios de las armas militares como tales.²⁰

En las lecturas actuales sobre la violencia revolucionaria, la vigencia de estos esquemas interpretativos asume diversas formas: el impulso a explicar el final del proyecto revolucionario por errores y desvíos en relación a las intenciones de los comienzos; la pretensión de identificar en las prácticas de las organizaciones armadas la imitación de lógicas de otros actores de la coyuntura; la tentación de desligar completamente a los militantes de sus cúpulas no representativas. Así, al igual que en el relato de los protagonistas de la experiencia, se preserva del incendio un núcleo intocable de principios y de concepciones. De manera más o menos explícita, terminan resguardándose los valores que sustentaron las prácticas de aquel entonces.

Considero que advertir este gesto, que encuentra raíces en la propia mirada militante, es fundamental. Con él, se corre el riesgo de oscurecer y dejar por fuera del análisis cuestiones decisivas: las tensiones de los sentidos originarios de la experiencia; el vínculo estrecho entre concepciones y prácticas; el peso de los aspectos identitarios en las elecciones estratégicas; la imbricación inescindible entre política y violencia, y entre lo político y lo militar; la reciprocidad, aunque desigual, entre los distintos miembros del conjunto; la compleja y diversa trama de responsabilidades; entre tantos otros grises que

²⁰ “Informe de las conclusiones políticas de la reunión del Consejo Nacional del mes de octubre” de 1976, pp. 9, 22 y 24.

difícilmente acepten un acercamiento lineal. De allí la importancia de reconocer aquel legado, no sólo para problematizar nuestros modos de entablar lazos con el pasado sino también para devolverle un poco más de la espesura que, a todas luces, se merece.

Referencias bibliográficas

- Amorín, J. (2006). *Montoneros. La buena historia*. Buenos Aires: Catálogos.
- Anguita, E. y Caparrós, M. (2006). *La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina*. Buenos Aires: Planeta.
- Anzorena, O. (1998). *Tiempo de violencia y utopía. Del golpe de Onganía (1966) al golpe de Videla (1976)*. Buenos Aires: Pensamiento Nacional.
- Baschetti, R. (2004). *Documentos 1970-1973. De la guerrilla peronista al gobierno popular* (Vol. 1). La Plata: De la Campana.
- Caballero, R. y Larraquy, M. (2000). *Galimberti: de Perón a Susana, de Montoneros a la CIA*. Buenos Aires: Norma.
- Calveiro, P. (2005). *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70*. Buenos Aires: Norma.
- Carnovale, V. (2011). *Los combatientes. Historia del PRT-ERP*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Confino, H. (2015). La contraofensiva estratégica montonera en las memorias de sus participantes: crónica de un objeto polémico. *Aletheia*, 6(11).
- Duzdevich, A.; Raffoul, N. y Beltramini, R. (2015). *La Lealtad. Los Montoneros que se quedaron con Perón*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Gillespie, R. (1987). *Los Montoneros. Soldados de Perón*. Buenos Aires: Grijalbo.
- Larraquy, M. (2006). *Fuimos Soldados. Historia secreta de la contraofensiva montonera*. Buenos Aires: Aguilar.
- Lenci, L. (2008). *Justicia, política y violencia. Un análisis de los cuerpos normativos montoneros 1972-1975*. Ponencia presentada en las II Jornadas Partidos Armados en la Argentina de los Setenta, San Martín.
- Montero, A. S. (2009). *Héroes, ortodoxos, disidentes y traidores. Los avatares de la Juventud Peronista Lealtad (1973-1976)*. Recuperado de riehr.com.ar
- Ollier, M. M. (1998). *La creencia y la pasión. Privado, público y político en la izquierda revolucionaria*. Buenos Aires: Ariel.

- Ollier, M. M. (2005). *Golpe o revolución. La violencia legitimada, Argentina 1966/1973*. Buenos Aires: Eduntref.
- Pastoriza, L. (2006). La 'traición' de Roberto Quieto. Treinta años de silencio. *Lucha Armada en la Argentina*, 2(6).
- Rot, G. (2010). *Los orígenes perdidos de la guerrilla en la Argentina*. Buenos Aires: Waldhuter Editores.
- Salcedo, J. (2011). *Los montoneros del barrio*. Buenos Aires: Eduntref.
- Schmucler, H. (Comp.) (2009). *Política, violencia, memoria. Génesis y circulación de las ideas en la Argentina de los años sesenta y setenta*. La Plata: Al margen.
- Slipak, D. (2015). *Las revistas montoneras. Cómo la organización construyó su identidad a través de sus publicaciones*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Svampa, M. (2003). El populismo imposible y sus actores, 1973-1976. En D. James (Dir.), *Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*. *Nueva Historia Argentina* (Tomo 9). Buenos Aires: Sudamericana.
- Vezzetti, H. (2009). *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos*. Buenos Aires: Siglo XXI.